

CONQUISTA[®]

marzo/abril 1988

CRISTIANA **CAPACITANDO
PARA LA ACCION!**

El tratamiento del pecado

por Hugo M. Zelaya

El tema de este número es el pecado, su origen, sus consecuencias y su solución. Cada autor escribe desde una perspectiva diferente y hace de esta edición de Conquista Cristiana una lectura sumamente interesante, instructiva y motivadora para la acción.

Probablemente algunos se preguntarán si habrá algo que no se haya dicho ya sobre pecado. Ciertamente, hemos oído y leído mucho sobre el tema, pero estoy seguro que no con el enfoque que se lo presentamos aquí. No se trata tampoco de un afán de ofrecer siempre algo "novedoso", sino de transmitir la frescura del Espíritu Santo sobre un asunto de interés actual.

Hasta el mundo secular comienza a darse cuenta que no puede continuar en la dirección que va sin sufrir serios resultados. El sida y otras enfermedades comunicables en la perversión del acto sexual y la participación ilícita de las relaciones "naturales" entre hombre y mujer, están poniendo el freno a un mundo que se había desembarazado de toda restricción moral. La ignorancia de las leyes de la moral no exime a nadie de sus consecuencias trágicas; no menos que ignorar la ley de la gravedad salva al incauto que intente saltar de un décimo piso.

"¡Rompeamos sus cadenas y echemos de nosotros sus cuerdas!", dicen los que forman el pensamiento de este siglo. "El que se sienta en los cielos se ríe, el Señor se burla de ellos. Luego les hablará en su ira, y en su furor los aterrará" (Sal.2:3-5).

Cambiar la terminología tampoco hace desaparecer el resultado. Dios dice



explícitamente que "el alma que peque, esa morirá" (Ez.18:4). Llamar al pecado por otro nombre no resuelve el problema. Querer "liberarse" de las restricciones de Dios tampoco dispensa al transgresor. No hay absolutamente nada que el hombre pueda hacer para escapar de las leyes morales. Fueron puestas por Dios para la preservación de la humanidad y el que insiste en romperlas, sufrirá las consecuencias que Dios ha prescrito para el bien de la humanidad misma. A la inversa, la restricción que el hombre ve como un fastidio fue puesta precisamente para su seguridad.

Dios es como el médico que dictamina el mal, prescribe la medicina y espera que el paciente la tome si se quiere curar. De nada servirá al paciente cambiar el nombre de la enfermedad por algo inofensivo. O modificar la receta a su gusto. Si no toma la medicina del médico y obedece sus instrucciones, tendrá que atenerse a las consecuencias.

Hablar de "sexo seguro" fuera del matrimonio es ponerle el cascabel al gato. Es un intento obsecado de cambiar la medicina; de continuar en la senda ancha de la destrucción. Es imposible apartarse del camino que Dios ha trazado y vivir libre de riesgos. La seducción del pasto más verde al otro lado de la cerca ha hecho perecer a muchos. Y la tragedia que se repite una y otra vez es que a pesar del número astronómico de las víctimas, la gente se niega a admitir que quizá Dios tenga razón.

Que Dios nos ayude a volver a muchos del camino de la destrucción a la senda angosta de la seguridad en Dios. Δ

El tratamiento del pecado

“El que come y bebe sin discernir correctamente el cuerpo del Señor, come y bebe juicio para sí”.

Por Charles Simpson

La primera epístola a los Corintios fue escrita por el apóstol Pablo a una iglesia que él había fundado. Era una iglesia con muchos dones que demostraba el poder que Dios había derramado más allá de los bordes del judaísmo hasta el amplio mundo de los gentiles.

Sin embargo, había un problema. Este dotado y creciente grupo de cristianos no estaba tratando con el pecado que había en su seno. Practicaban las ordenanzas y los dones del Espíritu, inclusive la observancia de la Santa Cena, sin insistir en la pureza de sus vidas y de la manera de relacionarse unos con otros.

Por lo tanto, Pablo es severo y hasta amenazante en su carta. Desde el comienzo confronta a los corintios con su carnalidad, o persecución de deseos naturales, que contrastaba con su empeño de continuar, al mismo tiempo, con sus actividades espirituales. Su carta continúa con cargos de sectarismo y división. La carta se vuelve más seria aún y les reprocha inmoralidad patente, refiriéndose a un hombre que mantenía una relación sexual con su madrastra!

El apóstol estaba tan preocupado por las consecuencias destructivas y contagiosas del pecado que ordena a los corintios hacer a un lado a cualquier persona que no se arrepintiera de pecados como inmoralidad, avaricia, idolatría, borrachera, difamación y estafa. Les ordena que ni siquiera coman con tales personas. Deja bien claro, en el capítulo 5, versículos 9 al 13, que está hablando de miembros de la iglesia.

La carta de I Corintios continúa exhortando a la iglesia para que practique la pureza, la negación de sí mismo y para que glorifique a Dios en sus cuerpos. La conclusión del capítulo 11 describe lo

que sucede cuando una iglesia pecaminosa se reúne a participar de la mesa del Señor: división, borracheras, avaricia, descuido. Haciendo una paráfrasis, Pablo dice: “El profano que se sienta a la mesa del santo cuerpo, come y bebe juicio para sí”. (vea v.29).

¿Comer y beber juicio? “Sí,” dice Pablo, “la Iglesia no se ha dado cuenta que cuando participa de la Santa cena está tocando el cuerpo del Señor. Por lo tanto, hay muchos que están enfermos y algunos han muerto” (v.30). Tomar la Cena pudiera significar juicio si primero no nos juzgamos nosotros mismos.

Los miembros de la iglesia de Corinto son nuestros hermanos y hermanas. Eran carismáticos, sin lugar a dudas. Pero no puedo decir que fueran peores que cualquiera otra iglesia lo sea o pudiera llegar a ser. La mayoría de las iglesias tienen miembros de los que no pueden dar cuentas. No se trata aquí de juzgar a los corintios, sino de juzgarnos a nosotros mismos.

¿Quién nos juzgará?

No debería de ser necesario mencionar que la Iglesia está en un período de gran prueba. Debiera ser igualmente innecesario decir que la Iglesia está siendo purificada (y cuánto lo necesita). La pregunta que surge aquí es ¿quién nos juzgará?, ¿nos juzgará Dios? No hay duda de que él juzga el pecado. ¿Nos juzgará el mundo? Ciertamente nos ha juzgado y disfruta haciéndolo. ¿Nos juzgará Satanás? La condenación es su actividad favorita. Si bien él no es quien para hacerlo, eso no lo detiene. No obstante, ¿aceptaríamos una lección de I Corintios capítulo 11 para juzgarnos nosotros mismos y evitarnos así enfermedades indeseables y muerte prematura?

Pablo no sugiere que andemos buscando pecado en la vida de los demás. No obstante, si no nos examinamos nosotros mismos, y continuamos pecando y participando en la vida del Cuerpo, entonces su carta requiere claramente que la Iglesia se juzgue a sí misma y se separe del pecador que no se quiere arrepentir (Jesús da el proceso que se debe seguir con un ofensor en Mateo, capítulo 18).

El apóstol Pablo parece decir en el capítulo 6 que, a cualquier costo, debemos evitar entrar en condiciones tales que las cortes seculares tengan que manejar nuestros problemas, o que Dios tenga que "poner a dormir" a algunos. Sin embargo, este capítulo, citado con frecuencia como una prohibición divina de llevar a un hermano creyente

a la corte, es primordialmente, una reprobación a la Iglesia por su incapacidad para resolver sus problemas. Si la Iglesia no resuelve sus problemas, las cortes civiles lo harán. Las autoridades civiles son puestas también por Dios con el encargo de mantener la paz para que el Evangelio pueda ser proclamado (vea Romanos capítulo 13 y I Timoteo capítulo 2).

Podríamos citar numerosas situaciones en las que las cortes civiles han intervenido. La tragedia no es sólo que lo hayan hecho, sino que la Iglesia llegara a la condición de hacer que eso fuera necesario.

De manera que la secuencia pareciera ser esta: juicio personal, juicio de la Iglesia, juicio civil, juicio divino. Si un nivel no funciona, el problema se mueve automáticamente al siguiente nivel. Es mi creencia que el juicio divino no es la voluntad perfecta de Dios, porque él ha puesto otras estructuras entre él y ese recurso. No obstante, debido a nuestra actitud hacia las estructuras, por las divisiones entre nosotros y la instigación de Satanás al caos, la sociedad se está aproximando al juicio de Dios. Tenemos que arrepentirnos en todos los niveles si no queremos perecer.

Trate usted mismo con el pecado

La amonestación bíblica es, en primer lugar, no pecar. Si tengo algo de qué lamentar —y sí lo tengo— es no haber puesto atención a las advertencias de la Biblia contra el pecado. El capítulo 6 de Romanos lo dice mejor: "El pecado paga con la

muerte" (v. 23, paráfrasis). A pesar de tener padres cristianos y de oír la predicación bíblica yo pequé. Luego tuve que decidir admitirlo, aceptar la responsabilidad y ser perdonado. Cada vez que doy estos pasos, por la gracia de Dios, descubro la verdad de 1 Juan 1:9-10:

"Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos los pecados y para limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a el mentiroso y su palabra no está en nosotros."

El siguiente capítulo vuelve a decir: "No pequéis. Y si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (v.1). Yo he tenido que leer y ejercer esas verdades más de una

vez a través de los años. ¡Gracias a Dios que él nos da la oportunidad y los medios para tratar con nuestros pecados!

¿Por qué *no* tratamos con nuestros pecados? Los humanos somos muy dados a echar la carga a otros y la mayor parte de las sicologías y teologías modernas parecen apoyar esa tendencia.

Adán: "La mujer me obligó".

Eva: "La serpiente me obligó".

Y así ha sido; aunque ahora es: "La pobreza me obligó", o "la escuela..." o "mis amigos..." Peor aún, mucha gente responde: "Realmente no es malo; todo el mundo lo hace".

Cómo tratar con el pecado en la Iglesia

Y el pecado entra en la iglesia. La gente viene a Cristo de una sociedad permisiva y a menudo entra en una iglesia permisiva. La iglesia ha enfatizado por varios años el amor de Dios por los no amados. La proclamación del evangelio del amor de Dios ha traído a muchos pecadores a Cristo, pero la ausencia del evangelio de la santidad de Dios ha llevado a muchos cristianos a creer que Dios finge no ver el pecado.

Los púlpitos permisivos y las tendencias seculares son un combustible para nuestras tendencias carnales, a semejanza de la iglesia de Corinto. El pecador viene a la iglesia y toma la Cena. A veces hasta sirve la Cena. Somos como el rey David que vio interrumpida su danza por la muerte de Uza cuando tocó el arca. O como los



apóstoles con la muerte de Ananías y Safira que interrumpió su avivamiento.

Si los cristianos no tratan personalmente con sus pecados, entonces ¿quién lo hace? Primeramente, la responsabilidad es del liderazgo de la Iglesia. Cuando Acán robó los artículos santificados, su pecado trajo la derrota a toda Israel y Josué tuvo que tratar con él. Elí debió haber tratado con el pecado de sus hijos, pero no lo hizo y perdió su vida y la de ellos.

Natán enfrentó el pecado en la vida de David y Dios trató con él para detener la blasfemia de los impíos. Los apóstoles trataron con el pecado en las iglesias que supervisaban. Timoteo fue instruido para que reprendiera hasta a los ancianos que pecaban en las iglesias donde él trabajaba y así sigue.

Una de las principales responsabilidades del liderazgo cristiano es la poco envidiable tarea de tratar con el pecado. Si no lo hacen, la enfermedad se suelta en el Cuerpo. Tratar con el pecado quiere decir redimir al culpable por medio del arrepentimiento o separarlo de la comunión. La separación impide que el pecado se

propague como un virus destructivo. La médula del asunto no está tanto en condenar al ofensor como en proteger al Cuerpo.

Si bien la responsabilidad es de los líderes, no es de ellos solamente. Pablo dirige su carta a la iglesia de Corinto y manda a toda la iglesia que se aparte de un pecador que no se haya arrepentido y hasta sugiere la excomunión si fuese necesario. No se puede culpar a los líderes si los otros cristianos no respaldan la santidad de Dios en la Iglesia. Debido a que esta acción es vista como extrema o áspera por muchos que viven en nuestra degenerada e inmoral sociedad, la excomunión o separación —aún por razones bíblicas legítimas— traerá persecución a la Iglesia.

La excomunión es virtualmente desconocida en nuestras iglesias contemporáneas. Los que han intentado practicar legítimamente la pureza bíblica han sido demandados y perseguidos por las cortes, la comunidad y los medios de comunicación; juicios económicos han venido contra iglesias que han separado a miembros, y aún cuando ha sido hasta por inmoralidad!

No obstante, cualquiera que sea el costo, la Iglesia debe decidir proclamar tanto el amor como la santidad de Dios, o comer y beber juicio para sí. Si bien el mundo persigue a la Iglesia por ejercer disciplina, la pisoteará toda si pierde su sabor moral.

Existe otro serio problema en la ineptitud de la Iglesia para tratar con el pecado: la división entre líderes e iglesias. Yo he observado lo que pasa cuando los cristianos intentan enfrentar a los miembros que no se arrepienten. El ofensor se va a otra iglesia y encuentra aceptación inmediata. Y no sólo eso, sino que la iglesia que lo acepta se vuelve contra la otra que intentó encargarse del pecado.

Yo he visto esto con el pecado entre miembros y entre ministros. Es como un niño rebelde que usa a uno de sus padres contra el otro. Muchos líderes y creyentes no estarán de acuerdo con el pecado, pero con frecuencia contribuyen a la división que permite que el pecado continúe.

Cómo se trata con el pecado en la sociedad

Entonces, ¿qué pasa si los cristianos compran una

teología permisiva o una iglesia deja de enfrentar el pecado? ¿Qué pasa cuando la luz deja de brillar o la sal se vuelve arena? ¿Qué sucede si la inmoralidad corre desenfrenada, o la lujuria y la avaricia controlan las decisiones sociales? Entonces la sociedad civil tiene que tratar con el pecado. Tal vez no lo llame "pecado". Pudiera llamarlo "problema social", pero es la misma enfermedad.

El doctor tiene que tratar las consecuencias del pecado en los cuerpos humanos. El policía tiene que actuar para restringir al violador y así proteger al resto de nosotros. El juez tiene que analizar la situación y fallar contra el culpable. El carcelero tiene que poner guardias para impedir la fuga del ofensor malicioso. Y aún entonces, la rectitud de toda esta actividad civil depende de la capacidad de la sociedad para encontrar oficiales íntegros que funcionen rectamente. Si no hay oficiales rectos, sólo queda la justicia de Dios.

¿De qué manera debe ver la Iglesia al doctor, al abogado, al policía, al juez o al gobernante? ¡Los necesitamos! Dios es el que los ha puesto en sus



lugares. En la proporción en que los individuos, las familias y las iglesias dejen de tratar con el pecado, estos oficiales se vuelven más y más esenciales para la tranquilidad social.

¿Podemos culpar realmente a la sociedad y a sus instituciones porque no se encargan del pecado en rectitud, si los mismos cristianos fracasan al tratar con él? Muchas veces me he preguntado si los medios de comunicación masiva son realmente más irresponsables que los cristianos en su comunicación unos con otros.

Cuando Dios trata con el pecado

Dios siempre ha tomado una posición agresiva hacia el pecado. Lo trata como un cáncer maligno que confronta continuamente su propósito eterno en la creación. Cualquier filosofía, psicología o teología que ignore el pecado es culpable de negligencia criminal. Cómo tratar con el pecado es el tema central de la Biblia y el problema central de la civilización. Hacer caso omiso del pecado nunca ha sido una solución.

Dios es justo, recto y mantiene activamente la justicia. El es el juez final cuando fallan todos los otros estratos del orden social. Su interés central pareciera ser no meramente castigar, sino mantener la justicia. Por ejemplo, quitar la vida por un acto de asesinato no es sólo castigar al culpable o evitar más crímenes, sino nivelar la misteriosa balanza de la justicia con un acto conmensurable con la ofensa. De alguna manera en la economía de Dios las cuentas tienen que equilibrarse.

Cuando la humanidad permite que el desfreno cause un desequilibrio moral, Dios interviene. La encarnación de Cristo fue la entrada de Dios para tratar con el pecado. Los individuos, las familias, las naciones y las religiones habían fracasado. Jesús lo dice así en su enseñanza sobre la autoridad divina (vea Juan 5:27-30) y en su crucifixión y resurrección. Jesús no sólo salvó pecadores; también fue juzgado por el pecado de ellos. Su muerte vino a satisfacer el desequilibrio moral en la balanza divina de la verdad y la justicia. Jesús es el cordero de Dios juzgado y sacrificado por nuestro pecado. El es también el

Rey justo (vea Isaías 9:6-7 y 1 Corintios capítulo 6). Además de juzgar el pecado, él nos enseñará a juzgar con justicia.

El juicio justo

El capítulo 11 de Isaías nos dice que el Mesías juez, Jesucristo, juzgará con justicia. Debido a su unción y temor del Señor, juzgará por medios espirituales y no carnales. En otras palabras, él ve más allá de lo obvio. Y como nosotros hemos sido llamados a juzgar también y a ayudar a mantener la pureza de la Iglesia, y porque nosotros también reinaremos en la sociedad, tenemos que aprender a ejercer el juicio justo juntamente con Cristo. Tenemos que ver por el Espíritu Santo.

El propósito esencial de juzgar es recompensar lo recto y penalizar lo malo para producir una sociedad justa. Capítulos como Deuteronomio 28, Levítico 26 y Malaquías 3 nos dicen la manera en que Dios lo hará. El prospera a los rectos y trae aflicción sobre los malos. También dice que si bendecimos al injusto, nos hacemos partícipes de sus actos malos. Nuestra responsabilidad es, pues, pararnos

con Dios en sus juicios, aunque vayan contra nosotros. (David es un ejemplo de esto.) La preservación de la justicia y la verdad es más vital que la preservación propia, debido a que la Iglesia entera y la sociedad dependen de ello. Si el pecado no es castigado, destruirá todo lo que toca, a la sociedad inclusive.

De la misma manera en que la ciencia médica busca erradicar la enfermedad para ayudar al enfermo, Dios busca erradicar el pecado para ayudar al pecador. Porque odia al pecado, pero ama al pecador. Muy a menudo, los cristianos no discernen en su juicio. Para muchos es igual el *pecado* que *pecados* y *pecado* que *pecadores*. *Pecado*, *pecados* y *pecadores* son diferentes categorías y es necesario hacer la distinción. El *pecado* tiene que ser destruido; los *pecados*, perdonados; y los *pecadores* salvados.

El pecado es una enfermedad pre-existente que parece ser concebida en la persona de Lucifer. El tenía una combinación de belleza, poder e inteligencia que resultaron en orgullo y después en rebelión. Las Escrituras dicen que se halló iniqui-



*Cómo se trata
con el pecado
en la sociedad*

dad en él (vea Isaías 14:12-15 y Ezequiel 28:14-17).

El pecado es la enfermedad. Los pecados, los síntomas.

El pecado es la raíz. Los pecados, el fruto.

El pecado es el panal. Los pecados, las avejas.

El pecado es el carácter. Los pecados la conducta.

Los pecadores son aquellos que tienen la enfermedad moral y cometen actos de maldad.

La cruz de Cristo es el lugar donde Dios juzga el pecado, esa enfermedad insidiosa y malvada.

Y en la tumba, Jesucristo destruyó la muerte, la consecuencia del pecado. Cuando los pecadores aceptan la sangre de Jesucristo como ofrenda por sus pecados, son declarados rectos y justos, escapando así de la condenación

por sus pecados (vea Romanos capítulo 5, 6 y Hebreos capítulo 9).

La cruz es donde el juicio y la justicia se unen. Es donde Dios juzgó todo nuestro pecado y donde dio a su Hijo para satisfacer su propia justicia. En la cruz, Dios reveló su odio por el pecado y su amor por los pecadores.

Cuando la iglesia abandona o ignora la predicación de la cruz, ha abandonado su arma principal contra el pecado y la carnalidad. Pierde su poder para destruir la maldad. Cae en culpa del permisivismo, el acoso y la derrota. Ultimamente, si la Iglesia no se juzga a sí misma, será juzgada por la sociedad civil y por Dios.

Cómo restaurar la comunión con Dios

Recuerde que el antídoto que ofrece el apóstol Pablo para la carnalidad y para el juicio de Dios es sencillo: "Júzgate a ti mismo." Debemos juzgar nuestros propios pensamientos, palabras y actos. El individuo cristiano debe juzgarse a sí mismo. La Iglesia debe juzgarse a sí misma. No obstante, en Gálatas 5:15, Pablo advierte a aquellos que habían caído de la gracia en el legalismo, que si se mordían uno al otro, todos serían devorados. En Gálatas 6:1 dice que si un hermano es sorprendido en un pecado, los espirituales deben restaurarlo en un espíritu de mansedumbre mirando su propia debilidad. El juicio espiritual no debe degenerar en hipercrítica.

El apóstol Pablo dice a la Iglesia en Romanos

8:5-6, que la llave para vivir en paz y justicia es poner la mente en el Espíritu. Lo animo para que oiga estas amonestaciones de la Palabra de Dios.

1. Júzguese usted mismo; sea sincero con Dios, de pensamiento, palabra y actos.

2. Dispóngase a confrontar el pecado en la Iglesia sea usted líder o no (asegurándose de haber dado el primer paso).

3. No caiga en un ambiente de hipercrítica, de señalamientos con el dedo y maltratos con palabras.

4. Intente ayudar a levantarse a los que han caído. No sólo juzgue, también restaure.

5. No se olvide de su propia vulnerabilidad. Camine en mansedumbre y ore siempre.

6. Retenga la cruz en su vida como su testimonio. "Muera diariamente."

7. Mantenga su mente puesta en el Espíritu Santo

y dedíquese a seguir el propósito de Dios en su vida.

Si practica estas cosas, podemos comer y beber en la mesa del Señor y tener comunión con su santidad, sin comer ni beber juicio para sí. En verdad, la comunión renovará nuestra vida y poder. Ore para que el cuerpo de Cristo conozca una mesa de comunión más poderosa y provechosa. Δ



Charles Simpson es editor de la revista Christian Conquest. Tiene un ministerio extenso en los Estados Unidos y en otros países.

El salvará

Por Hugo M. Zelaya

Jesús es más que su nombre; es su misión

El nombre *Jesús* significa: **Salvador**. Cuando el ángel del Señor se apareció a José en un sueño, le dijo que el hijo que nacería de María, su futura esposa, se llamaría "JESUS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mateo 1:21).

La condición de "su pueblo" no era diferente a la del resto del mundo. Los hombres estaban tan lejos de Dios como él lo permitiera antes de intervenir. Un estudio somero de la historia indica que Israel había llegado hasta el fondo de su descenso; política, moral y espiritualmente. La condición del resto del mundo era peor. Dios siempre actúa en el tiempo justo: ni antes ni después. La Escritura tiene mucho que decir sobre "el cumplimiento" de las cosas. El cumplimiento es cuando algo llega a su "plenitud". La Biblia de las Américas lo dice así: "Cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo..." (Gal. 4:4).

La encarnación de la deidad en Jesús, es el acto de gracia de Dios para remediar la situación. No sorprende que su nacimiento haya sido acompañado por sucesos nunca vistos, antes ni después. "Le pondrás por nombre Jesús" es la participación angelical en la redención del hombre. ¿No dice la Escritura que "hay gozo en la presencia de los ángeles por un pecador que se arrepiente?" (Luc. 15:10).

Jesús mantuvo siempre presente la razón de su venida, la llevaba escrita en su alma.

"Porque escrito está..." decía él. El propósito de Dios en su nombre era el tema de su predicación. Cuando otros buscaban eliminar el pecado juntamente con el pecador, él les recordaba cuál era su misión. "El Hijo del Hombre no ha venido para destruir las almas de los hombres, sino para salvarlas" (Luc. 9:56). "Yo tampoco te condeno. Vete; desde ahora no peques más" (Jn. 8:11).

¿Qué es pecado?

¿Qué es ese algo tan terrible que separa a los hombres de Dios, los lleva a su destrucción y cuyo poder sólo él puede romper? La Biblia lo llama *pecado*. Hay muchos términos que lo describen: desliz, deuda, falta yerro, rebelión, culpabilidad, iniquidad, maldad, ofensa, etc. Principalmente, el pecado es la infracción de la ley de Dios (vea 1 Juan 3:4). Consiste en errar el blanco o no alcanzar la meta propuesta a causa de la desobediencia a la dirección divina.

En términos sencillos es no seguir las "indicaciones del fabricante." Espero que no le parezca simplista este ejemplo. Pero es como ignorar las direcciones operativas de una computadora, que ha sido programada por su fabricante para operar de una manera específica, incompatible con otras marcas. No importa la excelencia de los otros programas, su computadora no funcionará por muy buenas intenciones que usted tenga.

Para Dios el pecado es el

intento del hombre de valérselas por sí mismo, haciendo caso omiso de las indicaciones divinas. Y si aceptamos que hay Dios y que él nos hizo, tenemos que aceptar también que sólo cuando funcionamos de acuerdo con su dirección podemos alcanzar nuestra razón de ser. Entonces es cierto también que para intentar "operar otros programas" se tiene que borrar a Dios del cuadro y esa es la insensatez más grande en que pueda caer una persona. El apóstol Pablo dice de esta manera: "Profesando ser sabios, se volvieron necios" (Ro. 1:22). No reconocer a Dios es el razonamiento más vano que se pueda hacer.

No se tiene que ser muy perspicaz para entender que el intento de funcionar sin Dios no ha logrado la utopía prometida por los pensadores del anti-dios, ni en los siglos anteriores, ni en el presente, ni en el futuro lo logrará. Cualquier logro de la ciencia y la tecnología es sólo la confirmación de las leyes divinas sobre la naturaleza y es superficial en cuanto se refiere a la composición del hombre. No satisface los anhelos profundos con que fue creado. Sin Dios, el hombre sigue siendo tan infeliz y fracasado tanto hoy como en las profundidades de la historia.

Cuando el hombre cambia el curso que Dios ha establecido para él e ignora su dirección, se embarca en un camino de autodestrucción. "Hay camino

que al hombre le parece derecho, pero al final, es camino de muerte" (Prov. 14:12)

Dios creó al hombre de cierta manera para que se relacionara con El. En la experiencia de esta relación vendría el cumplimiento de su realización. Dios haría un hombre a su imagen y semejanza y le daría la capacidad de expresar su manera de ser. La esencia del pecado es que el hombre escogió un camino aparte de Dios para alcanzar esa meta y no lo logró. "Todos han pecado y no alcanzan la gloria de Dios" (Rom. 3:23).

¿Por qué peca el hombre?

Alguien ha dicho que el hombre peca porque es un pecador. La respuesta no es tan simplista como parece. El dicho popular que "no se puede pedir peras al olmo" es una verdad irrefutable. Los hombres cometen pecados porque llevan el pecado en su naturaleza. Así nacemos todos. Nadie escapa a esta realidad. Antes de que alguien diga "que entonces no es culpa suya si peca" veamos lo que dice la Escritura, al respecto.

El relato del pecado del primer hombre en Génesis es clave para entender la razón por la cual todos los hombre pecan. Un solo acto de desobediencia fue suficiente para desfigurar la imagen de Dios en el ser humano. Los enemigos de Dios discuten aquí su severidad. Pero, tenía que ser así. Si Dios es perfecto (y lo es) su imagen en el hombre debía ser perfecta también. No había nada que quitarle o agregarle. Algo más o algo menos la echaría a perder. El engaño de Adán fue creer que algo le faltaba para ser como Dios y desatendió su mandamiento.

La composición interna de Adán cambió inmediatamente y comenzó a experimentar sentimientos desconocidos hasta entonces: culpa, miedo, vergüenza, pena, dolor inseguridad. Esta no es la imagen de Dios. Es otra cosa.

La Biblia lo llama pecado. Y "naturalmente" Adán comienza a manifestar con actos externos (pecados) lo que había adquirido en su naturaleza interior (pecado). Huye de Dios, se esconde y culpa a otros por su condición: tres características de su recién adquirida naturaleza que seguimos encontrando hoy. La semilla del pecado entró en Adán y ha sido transmitida a todos los hombres desde entonces.

El nuevo nacimiento

El hombre peca porque lleva en su naturaleza la semilla del pecado. La única manera de escapar es volver a nacer. Así lo dijo Jesús a un hombre llamado Nicodemo. "Tienes que nacer de nuevo si quieres recuperar la naturaleza de Dios" (Jn. 3:7). Nicodemo era un hombre religioso y respetado por su pueblo. Pero a pesar de ser una buena persona, la imagen de Dios en Jesús de Nazaret lo inquietó respecto a su propia naturaleza. Jesús va a la médula del asunto, y responde sin esperar pregunta.

Es de adentro que hay que cambiar. Tratar de modificar la conducta mediante seminarios de superación, o mensajes sublimados al subconciencia no lograrán el efecto deseado. La raíz del pecado continúa intacta. La imagen de Dios tiene que ser devuelta y sólo hay una manera de hacerlo: nacer de nuevo.

Jesús explicó a Nicodemo que este nacer viene de arriba, no de abajo. Cualquier cosa que se hace "de abajo", sin la intervención "de arriba", dejará sin cambiar su naturaleza. Aunque fuera posible nacer otra vez de su madre y tuviera la oportunidad de volver a vivir como hombre, su naturaleza carnal lo llevaría a cometer nuevos actos contra las especificaciones de Dios para su funcionamiento. La solución no está en la reencarnación, si se pudiera lograr.

Dios tiene que volver a soplar

su aliento en el hombre para que su naturaleza divina regrese a morar en él. Ese es el nuevo nacimiento: un nuevo acto creativo de Dios... de arriba. El hombre tiene dos nacimientos. El de abajo de la carne y el de arriba del espíritu.

El pecado y la redención

Dios es la fuente de toda la vida y no puede tener comunión con el pecado que produce muerte. Primera Juan dice que en El no hay tiniebla alguna. La luz y las tinieblas no se mezclan. La oscuridad es la ausencia de luz. Por lo tanto, el hombre se cubre de tinieblas cuando se separa de Dios. Y la separación de Dios es muerte espiritual.

¿Qué se puede hacer entonces frente a este apuro? Dios ha provisto un camino de salida. La respuesta está en una semilla nueva que produzca una nueva naturaleza. Esta semilla es Jesucristo, hombre. La Escritura lo llama el "segundo hombre." Adán y Jesús son dos hombres especiales. "El primer hombre es de la tierra... hecho alma viviente; el segundo hombre es del cielo... (hecho) espíritu que da vida" (Lea 1 Cor. 15:45-49)

Dios había dado oportunidad a Adán para que fuese la semilla de una raza de hombres que nacieran con la imagen y semejanza del Creador. Adán perdió la oportunidad con su desobediencia y en su lugar produjo una raza con la semilla del pecado en ella. Dios envió a su Hijo para que se hiciera hombre y cumpliera, como hombre, lo que no había logrado Adán.

Génesis 3:15 habla de dos simientes. La que el hombre había obtenido de la serpiente y que pasó a toda la raza humana y la simiente que vendría de la mujer mediante el Espíritu Santo, que ofrece a los hombres una esperanza de redención la cual se cumple con la venida del Hijo de Dios a la

tierra. "A todos los que la reciben les da el derecho de llegar a ser hijos de Dios... no nacidos de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad del hombre, sino de Dios" (Juan 1:13).

¿Qué hacer?

Si usted no ha experimentado este nuevo nacimiento, puede hacerlo ahora mismo.

Primero, reconozca que usted solo no puede escapar del dominio del pecado; necesita la intervención de Dios. En Cristo Jesús, el Juez cobró la deuda del pecado suyo y de todos los hombres. No hay nada que todavía tenga que hacerse para satisfacer la justicia de Dios.

Segundo, admita su culpa. Confiese su pecado. No eche la culpa a nadie. Usted mismo es responsable de las consecuencias del pecado en su vida. Recuerde que está delante de un Dios misericordioso que quiere redimirlo, no condenarlo. Sobre lo que digan los expertos del mundo, la admisión de culpa es requisito indispensable para su salvación.

Tercero, dispóngase a hacer la voluntad de Dios. A vivir de acuerdo a las "especificaciones del fabricante." En términos bíblicos, arrepíentase. Dé media vuelta en dirección opuesta. Si usted realmente quiere hacer la voluntad de Dios, él le otorgará un espíritu de arrepentimiento y la capacidad de darle la espalda al pecado y abandonarlo.

Cuarto, confíe en el Señor Jesucristo. Acepte su sacrificio en la cruz. Acepte su nombre. El lo salvará de sus pecados. Acepte el perdón de Dios.

Si usted da estos pasos en la espera de resultados, Dios borrará todos sus pecados de los libros del juicio y la muerte e inscribirá su nombre en el libro de la vida (Vea Apoc. 20:12-15). Habrá pasado de muerte a vida y la justicia del Hijo de Dios será tomada en su cuenta.

Cómo memorizar las Escrituras

Francis Cosgrove, director de relaciones eclesiásticas para los Navegantes, una organización conocida por su énfasis en memorizar las escrituras, comenzó a memorizar la Biblia hace cerca de treinta y cinco años. Actualmente lleva miles de versículos aprendidos de memoria. Los siguientes cinco principios son su recomendación:

1. **Antes y después.** Comience con un sólo versículo. Primero cite la referencia y el tópico (como perdón o salvación), luego lea el versículo en voz alta y finalmente repita la referencia y el tópico. Hágalo una y otra vez. Tan pronto comience a recordar algunas de las palabras y frases, vea cuánto puede recordar sin leer.
2. **El repaso.** Repase el versículo periódicamente durante el día. Recordamos números telefónicos, direcciones y placas porque las repetimos a menudo.
3. **La tarjeta.** Mantenga el versículo a mano, llevándolo en una pequeña tarjeta en su cartera o bolsa. Es más fácil repasarlo durante el día si se tiene a mano.
4. **Compártalo.** Dígale a alguien que está tratando de memorizar las Escrituras y que le pida que recite lo que ha aprendido.
5. **Aplíquelo.** Use el versículo memorizado en su vida y ministerio. Encuentre la manera de aplicarlos a su situación y serán suyos.

EVANGELISMO

Mateo 28:19

"Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y el Hijo y del Espíritu Santo."

La santidad

Cómo progresar en su jornada con Dios

Por Bruce Longstreth

Abraham fue un hombre que sabía celebrar la vida y tenía muchos motivos para hacerlo. Todo comenzó cuando su padre Taré recibió el mensaje de salir de Ur de los caldeos. Taré se dispuso obedientemente y comenzó a dirigirse hacia un lugar llamado Canaán. Pero se quedó en Harán y la visión pasó a su hijo Abraham con una promesa. El Dios de la visión le dijo que si salía de todo lo que conocía, de él saldría una gran nación y que, en el proceso, él bendeciría a toda la tierra.

Abraham obedeció a Dios, se fue a Canaán y todo lo que Dios había prometido le vino en abundancia. Y con el favor de Dios vino algo más grande: el compañerismo y la amistad con Aquel que había prometido bendecirlo. Con Dios como su amigo, Abraham estaba listo para celebrar la vida. ¡La Jaim!

Una gran fiesta

El cumplimiento de la promesa de Dios comenzó cuando su esposa, Sarah, dio a luz un hijo, cuyo nombre fue Isaac. En los siguientes tres años, Abraham vio el cuidado de la madre en acariciar y alimentar a su hijo cuando este lo demandaba. Pacientemente esperó que terminara este período de la infancia. Y cuando Isaac cumplió los tres años, Abraham dijo: "Sarah, es el tiempo. Dame al niño." La Biblia dice de esta manera: "Y el niño creció y fue destetado. Y Abraham hizo un gran banquete el día que Isaac fue destetado" (Gén. 21:8). Mateo Enrique, en su Comentario de toda la Biblia describe lo que sucedió:

"Abraham hizo una gran fiesta para sus amigos y vecinos en agradecimiento a Dios por su misericordia para con él. No hizo la fiesta en el día que nació Isaac... o cuando fue circuncidado... sino en el día que fue destetado, porque la bendición de Dios sobre el amamantamiento de

los niños y la preservación de ellos en medio de los peligros de la infancia, son instancias notables del cuidado y la ternura de la providencia divina, que deben ser reconocidos para su gloria." 1

Verdaderamente se debe a la misericordia de Dios la sobrevivencia de "los peligros de la infancia." Igual que muchos padres, yo me levantaba a media noche para ver si mis pequeños seguían respirando. Se veían tan vulnerables, frágiles e indefensos contra los gérmenes, los virus y los demonios que los acechaban.

Abraham enfrentó esta amenaza en la infancia de Isaac de una manera singular. Destetarlo significaba un alivio para Abraham y él celebraría el cambio del niño que pasaba de los pechos de Sarah a la participación de una vida familiar independiente y vigorosa.

La jornada hacia la santidad

Una segunda razón para celebrar es que ahora Isaac se convertiría en el pupilo especial de su padre. Era el tiempo en que Abraham enseñaría a su hijo masculinidad y los caminos de Dios. Isaac experimentaba la transición entre "el bebé de mamá" y el hijo de Abraham, heredero de todas las promesas de Dios.

A pesar del ambiente festivo, se sabía que sería un tiempo difícil para todos. A Sarah le sería duro soltarlo; Isaac buscaría a su madre para refugiarse de la disciplina de su padre; y Abraham debería ejercer mucha paciencia para hacer de su hijo un verdadero hombre.

Tan pronto hubo terminado el banquete, Ismael, el hijo de Abraham y Hagar, la sierva de Sarah, comenzó a burlarse de Isaac. Mamá Sarah demandó que Abraham echara fuera a Ismael y a su madre.

La santidad

Destetarlo era algo más que cambiar su dieta de leche a alimento sólido. Significaba separar al bebé de su madre, dejar las dependencias de la infancia, y pasar a la independencia necesaria para la vida del joven adulto. ¡La jaim!

Una tercera razón importante que Abraham tenía para celebrar la ocasión era el impacto simbólico que tenía en su andar con Dios. Desde Ur de los caldeos hasta este punto, la vida había sido un destete: de los caprichosos dioses y diosas con sus cultos a la fertilidad, al Dios de la creación con su fidelidad de pacto. Abraham había madurado.

De indicios y "agitaciones internas" a revelaciones, Abraham había crecido hasta alcanzar un conocimiento y una comunión con el único y verdadero Dios. El destete de Abraham de los "dioses", o aun de "su" comprensión de Dios, lo enfrentaría en pocos años a una dramática prueba final en el monte Moriah. Era una prueba que incluiría, extrañamente, a este hijo único que ahora lo movía a celebrar. Era una prueba que cumpliría completamente con las demandas de su Amigo al punto que el Señor diría: "Ahora sé que temes a Dios, ya que no me has rehusado tu hijo" (vea Génesis 22:12).

Todos los que responden a los llamados y a las inquietudes del Espíritu se pueden identificar en cierto grado con las razones de Abraham para celebrar este "destete". Claro, lo hacemos continuamente en nuestra jornada hacia la intención final de Dios para nuestras vidas: que seamos santos como él es santo.

Cómo conocer su voluntad

Definir la santidad es casi imposible. No se limita a ser siempre correctos o hacer lo correcto. Es más que pureza moral o ética, aunque ciertamente contiene estos elementos. Santo es lo que Dios es.

Cuando el rey Uzías murió, el abatido Isaías se fue al templo quizá para ver si el Señor ajustaba su perspectiva de la situación, y tuvo una tremenda visión de la gloria de Dios. Serafines de seis alas volaban por encima del trono y daban voces diciendo: "Santo, Santo, Santo, es el Señor de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria" (Isaías 6:3).

Dios tiene muchos atributos. El es bueno, bondadoso, justo, recto, imponente y perfecto en todos sus caminos. La lista es infinita. Pero sobre todas las cosas, lo que afirman las criaturas, los ancianos, los serafines y los santos que rodean su trono, es que él es santo.

Cuando el profeta se encontró con esta esencia de Dios, única y singular, exclamó: "¡Ay de mí!" (Is. 6:5). Isaías sabía que él no era todo lo que Dios era. Esta es quizá la faceta más sobresaliente de la santidad; significa "otro que..." o "separado de..." Isaías fue dominado cuando entendió que Dios era verdaderamente "otro que" y "separado de" él.

Lo increíble es que Dios quiere que nosotros seamos como él: santos. Pedro repite la admonición levítica en su primera epístola a los cristianos judíos y gentiles esparcidos por Asia Menor debido a la persecución:

Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais en vuestra ignorancia, sino que así como aquel que os llamó es santo, así también sed vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: "Sed santos, porque Yo soy Santo" (1 Ped. 1:14-16).

Pedro no les pide que sean finos, bondadosos, misericordiosos, amorosos, o juiciosos. Les pide que sean como Dios. La pregunta que esta declaración provoque quizá sea esta: "¿Cómo suponer que ellos supieran en su situación cómo era Dios?"

Tal vez la respuesta se pueda ilustrar mejor con la historia de un joven que preguntó al presidente de una compañía cómo había llegado a esa posición.

—Porque tomé decisiones correctas.

—Y ¿cómo pudo tomar decisiones correctas?

—Experiencia.

—Y, ¿cómo obtuvo la experiencia?

—A través de las malas decisiones.

La respuesta a las demandas de santidad del Espíritu, producida por el hambre de conocer a Dios y sus caminos, es soltar lo que antes satisfacía y extenderse para tomar lo que sólo ahora puede satisfacer. Es el ejercicio persistente de lo que sabemos por la Palabra de Dios y de lo que, por la iluminación del Espíritu Santo, comprendemos que es la voluntad de Dios para cada situación que viene a nuestras vidas. Son las dos cosas: el destete y el proceso de crecimiento. La leche no siempre satisfará las demandas de crecimiento de los niños de Dios.

El proceso

Veamos ahora este proceso del destete en la vida de tres santos del Antiguo Testamento: Moisés, Job y David.

Moisés creció en la corte de Faraón, pero su herencia en el pueblo del pacto, tocó su espíritu cuando vio la condición lamentable de su gente. Un día, en su enojo, mató a un egipcio y para salvar su vida huyó a la tierra de Madián. Tenemos que entender, antes de seguir adelante, que la liberación de Israel era la voluntad de Dios. Lo que Moisés no entendía era la manera en que Dios quería hacerlo.

Un hombre "destetado por la hija de Faraón" es también destetado por el Dios de Abraham con cuarenta años en el desierto. Cuando decidió que Moisés había sido curado de su manera egipcia, Dios se le apareció en una zarza ardiendo al pie del monte Sinaí.

La falta de experiencia de Moisés para responder a un Dios santo, por poco causa un accidente fatal. Note lo que dijo cuando vio arder la zarza: "Me acercaré ahora para ver esta maravilla" (Ex. 3:3). La determinación de Moisés se encontró inmediatamente con la santidad de Dios. No pudo seguir hasta no haberse quitado las sandalias, que simbolizan su propia capacidad de ir y venir a su gusto. Aprendió una lección importante acerca de la santidad de Dios.

Job, posiblemente el personaje más antiguo de la Biblia, sabía de Dios "sólo de oídas" (Job 42:5). También fue "destetado" para que soltara su mejor conjetura de cómo debía actuar Dios en ciertas situaciones y se extendiera para tocar a la persona de Dios.

David, un hombre conforme al corazón de Dios, fue ungido rey de Israel. Pero no estaba listo para la tarea para la cual Dios lo había ungido y pasó años huyendo de un rey demente. Saúl "destetó" a David de su celo y ambición juvenil que hubieran estropeado el lugar que Dios le había preparado. Escuche al hombre de Dios, listo para ocupar el lugar que Dios tenía para él:

Señor, mi corazón no es soberbio, ni mis ojos altivos; no ando tras las grandezas, ni en cosas demasiado difíciles para mí; sino que he calmado y acallado mi alma; como un niño destetado en el regazo de su madre. (Salmo 131:1-2).

Como Abraham pudo ofrecer a Isaac creyendo que Dios haría lo que había prometido, así David abrió su mano y ofreció el reino a Aquel que se lo había prometido. Confiaba en los caminos de Dios. En el proceso de ser destetado había llegado a ser como el que lo había llamado.

Leche o alimento sólido

La carta de Pablo a los corintios fue escrita a una iglesia que no había sido destetada. El era su padre mediante la predicación del evangelio. Su tono parece ser: "¡Cuándo irán a crecer!" Note sus palabras en 1 Corintios 3:1-4. Los llama "niños" (v.1), diciendo que les dio a beber leche porque no estaban listos para el alimento sólido. Probablemente Pablo deseaba hacer una gran fiesta para celebrar su destete. Su llamado era a la santidad, pero como Isaac en el regazo de Sarah, todavía eran niños que no habían sido destetados: jergocéntricos bebedores de leche!

Muchos cristianos evangélicos, bautizados en el Espíritu son como esos niños de Corinto. No les hace falta nada, realmente, respecto a los dones y manifestaciones del Espíritu Santo. La mayoría de las iglesias son asambleas significativas en medio de una cultura moderna que es pagana y profana. Pero en el fondo se contentan con ser amamantados y bendecidos para siempre, y nunca ser destetados y forzados a cambiar esa postura. El deseo de Pablo era que fueran más allá de la obvia mezquindad de los niños de pecho y comenzaran a buscar al Padre para descubrir su voluntad y dirección.

Podríamos comparar la inmoralidad y la carnalidad de Corinto con nuestra condición presente. La semejanza es obvia. También hay indicaciones obvias de que Dios comienza a juzgar a su Iglesia por su conducta carnal. Pero más allá, ¿habrá la inquietud de crecer y llegar a ser como nuestro Padre; de ser santos como él es santo?; no de ser mejores o más disciplinados, que tiende a santurronería, ¿sino de ser santos cómo él lo es?

A medida que salgamos de la preocupación de demandar y luchar, a la comunión y el descanso en la persona de Dios, nuestras almas son destetadas de la mezquindad a la santidad, y en su presencia encuentran "todo cuanto concierne a la vida y a la piedad" (2 Ped.1:3).

Juan dirigió su primera epístola a tres niveles de crecimiento en la Iglesia: niños, jóvenes y padres. El crecimiento continuo de la infancia a la madurez es la norma de Dios para su pueblo. No crecer deja a la Iglesia débil y vulnerable ante todo engaño y seducción maligna.

Hay cuatro pasos que nos ayudan en el proceso:

1. Admita y arrepíentase de todo lo que tenga indicios de no haber sido destetado: murmuración, queja, descontento, idolatría y una actitud de "de-

mandar ser amamantado."

2. Pídale al Señor que le muestre su persona. ¡Veinte años de la mejor enseñanza de la renovación carismática no se puede comparar con cinco minutos a solas con Dios!

3. No se ponga a la defensiva cuando se vea a usted mismo. Aprópiase del arrojo de David y ore: "Escudríñame, oh Dios, y conoce mi corazón" (Sal. 139:23).

4. Celebre la fiesta del destete. Invite a los que han caminado con usted y comparta las inquietudes del Espíritu y su deseo de crecer.

Más importante aun: recuerde que Dios no nos llama para que seamos mejores, sino para ser como él. Por años nos hemos contentado viviendo por la escritura en Isaías: "Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová" (Isaías 55:8). Pero de cara a tal

satisfacción de sí mismos el Espíritu dice: ¿Por qué no?" Como hijos suyos, Dios nos manda a pensar y actuar como él, a ser santos y a ser como él.

La Escritura dice que hay mucho gozo en los cielos cuando un pecador se arrepiente. El Padre ha preparado una gran fiesta para celebrar el destete de su Iglesia. En la medida que avancemos hacia una participación más vigorosa como miembros de su familia, celebraremos con él este acontecimiento tan esperado.

¡La jaim!

1. *Matthew Henry, Comentario de toda la Biblia*, (New York: Fleming H. Revell Company), vol. 1 p.132.



Bruce Longstreth es pastor asociado de la Iglesia del Pacto de Mobile, Alabama, y fungió como editor de la revista New Wine.

Tengo sed

Lo que la humanidad de Jesús significa para nosotros

Por Max Lucado

Después de esto, sabiendo Jesús que todo se había ya consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: "Tengo sed"

(Juan 19:28).

I. "Estoy cansado."

Suspiró y se detuvo. "Vayan ustedes y consigan la comida. Yo descansaré aquí." Estaba cansado. Hasta los huesos. Le dolían los pies. Su rostro estaba caliente. El sol de mediodía estaba ardiendo. Quería descansar. Así que se detuvo junto al pozo, con su mano despidió a los discípulos, se estiró un poco y se sentó. Pero antes de que pudiera cerrar los ojos, se

acercó una mujer samaritana. Venía sola. Quizá fueron las arrugas bajo sus ojos o su andar encorvado que le hizo olvidar lo cansado que estaba. "¡Qué extraño que viniera al mediodía!"

II.

"Tengo sueño."

Se estiró. Bostezó. Había sido un largo día. La multitud había sido tan grande, que la predicación en la playa había resultado ser un riesgo ocupacional, y tuvo que enseñar desde la proa de una barca pesquera. La noche había caído y Jesús tenía sueño. "Si no les importa, compañeros, voy a pegar los ojos." Y así lo

hizo. En una noche nublada del mar de Galilea, Dios se durmió. Alguien le hizo una almohada y él se fue al lugar más seco de la barca y se durmió. Tan profundo era el sueño, que los truenos no lo despertaron. Ni la agitación de la barca. Ni la espuma salada de olas sopladas por la tormenta. Sólo los gritos de algunos discípulos sin aliento pudieron penetrar su tranquilidad.

III.

"Estoy enojado."

No tenía que decirlo; se le podía ver en sus ojos. El rostro enrojecido. Las venas saltadas. Los puños cerrados. "¡No lo soportaré más!" Y lo que era un

templo se convirtió en una refriega desigual. Lo que había sido un día normal en el mercado, se volvió el alboroto de un hombre. Y lo que era una sonrisa en la cara del Hijo de Dios se tornó en un gesto ceñudo. "¡Fuera de aquí!" Las únicas que volaban más alto que las mesas eran las palomas que, aleteando, ganaban su libertad. El Mesías enojado hizo valer su punto: ¡No traten de hacer dinero de la religión o Dios hará su agosto con ustedes!

Estamos en deuda con Mateo, Marcos, Lucas y Juan por incluir estos bocadillos de humanidad. Usted sabe que no lo tenían que hacer. Pero lo hicieron y en su tiempo debido.

Justo cuando su divinidad se vuelve inalcanzable, justo cuando su santidad se torna intocable, justo cuando su perfección se hace imitable, suena el teléfono y una voz susurra: "Era humano. No te olvides. Tenía carne."

Justo a tiempo se nos recuerda que aquel a quien oramos conoce nuestros sentimientos. Conoce la tentación. Se ha sentido desanimado. Ha tenido hambre, sueño y cansancio. El sabe cómo nos sentimos cuando nuestros hijos quieren cosas diferentes al mismo tiempo. El indica con la cabeza que comprende

cuando oramos enojados. El se conmueve cuando le decimos que hay más cosas de las que jamás se pueden hacer. Sonríe cuando confesamos nuestro cansancio.

Pero la deuda es más grande con Juan por incluir el versículo 28 del capítulo 19. Simplemente dice: "Tengo sed."

Ese no es EL CRISTO que tiene sed. Ese es el carpintero. Y esas son palabras de humanidad en medio de la divinidad.

Esta frase estropea el bosquejo del sermón. La otras seis expresiones son más "características." Son clamores que esperamos oír: perdonar pecadores, prometer el paraíso, el cuidado hacia su madre, hasta su "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" es una exclamación de poder.

Pero, ¿"Tengo sed"?

Justo cuando lo teníamos todo resuelto. Justo cuando la cruz estaba empaquetada y definida. Justo cuando el manuscrito estaba terminado. Justo cuando habíamos inventado todas esas palabras limpias y finas con "ción" como santificación, justificación, propiciación y purificación. Justo cuando ponemos nuestra gran cruz dorada sobre nuestro gran campanario dorado, nos recuerda que "el Verbo se

hizo carne."

Quiere que recordemos que él también fue humano. Quiere que sepamos que él también conoce el tedio de la monotonía y el cansancio que producen los días largos. Quiere que recordemos que nuestro abridor de brechas no usaba chaleco a prueba de balas o guantes de hule o una armadura impenetrable. No, él fue pionero de nuestra salvación en el mundo que usted y yo enfrentamos diariamente.

El es el Rey de reyes, el Señor de señores y la Palabra de vida. Más que nunca es la Estrella matutina, el Cuerno de la salvación y el Príncipe de Paz.

Pero hay algunas horas cuando somos restaurados recordando que Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. Nuestro Maestro supo lo que significaba ser un carpintero crucificado que tuvo sed.

Del libro "No es mucho que le llamen el Salvador" por Max Lucado, Copyright 1986, Multnomah Press, Portland, Oregon 97266. Usado con permiso.

Max Lucado, autor de "Sobre el Yunque: Pensamientos sobre ser formados a la imagen de Dios", ha servido como misionero en Río de Janeiro y pastor en iglesias de Missouri y Miami.

La contradicción del orgullo

**Por tanto, si hay algún estímulo en Cristo...
si hay alguna comunión del Espíritu...
cada uno de vosotros considere al otro
como más importante que a sí mismo...**

Haya, pues, en vosotros esta actitud... (Fil. 2:1-5).

Cuando alguien comparte acerca de Filipenses 2, lo primero que viene a mi mente es "Haya, pues, en vosotros..." Este "pues" apunta a los versículos anteriores que son de gran enseñanza para el pueblo de Dios. Mi tema se encuentra en estos primeros versículos que hablan de la actitud de aquellos que desean alguna comunión del Espíritu.

El pasaje dice que "si hay alguna comunión del Espíritu", debe haber en los hijos de Dios dos actitudes:

1. Humildad
2. Estimar a los demás (mis hermanos) como superiores a mí mismo.

El versículo tres pone de manifiesto la relación, con el Espíritu Santo, hacia nuestros hermanos en la fe.

En muchas oportunidades nuestras actitudes difieren de lo que estamos viviendo espiritualmente. Aunque parezca mentira,

cuando recibimos más de Dios, pueden ocurrirnos cosas que contradicen al poder de Dios. ¿Qué son las cosas que contradicen el poder de Dios?

El sectarismo

Cuando recibimos más de Dios, tenemos más "excusas" para ser sectarios. Nosotros decimos "somos uno", pero lo decimos solamente, no lo vivimos; nuestros hechos no lo confirman. Según la visión de Dios, aquel que tiene más de su presencia no puede tener ni un poquito de sectarismo.

Jesús encontró a los judíos comerciando en el templo. Al ver lo que estaban haciendo los echó fuera y entonces dijo: "¿No está escrito: 'Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones?'" (Mar. 11:17). Yo creía que Jesús los había echado porque estaban vendiendo. Eso era parte de la verdad. Sin embargo, el motivo



Jesús echó a los judíos que comerciaban en el templo

principal por el cual Jesús echó a la gente fue que los judíos (los "escogidos"), con lo que hacían impedían que los demás vinieran y adoraran en el templo. Por eso Jesús dijo esta es "casa de oración a todas las naciones."

Vemos que Jesús no es sectario. Nosotros decimos: "Este tiene el bautismo y este no lo tiene", o "Yo no puedo tener comunión con aquellos",

"En ellos no fluye el Señor." Esta *no* es la actitud que Dios quiere de sus hijos. 1 Timoteo 5:21 dice "...no haciendo *nada* con espíritu de parcialidad" (Enfasis del autor).

Los juicios

Cuando recibimos más de Dios, corremos el riesgo de sentirnos jueces. Ponerse como juez significa mirar al prójimo (en nuestro caso al hermano) desde una posición más alta. Un juez conoce la ley, por eso puede juzgar a otros.

La parábola del fariseo y el publicano nos enseña qué es ponerse como juez.

"Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: estafadores, injustos, adúlteros; ni aun como este..." (Luc. 18:11).

Qué familiar es esta actitud! Muchas veces decimos: "Ese es un muerto," "Está seco."

Otro ejemplo lo encontramos entre los

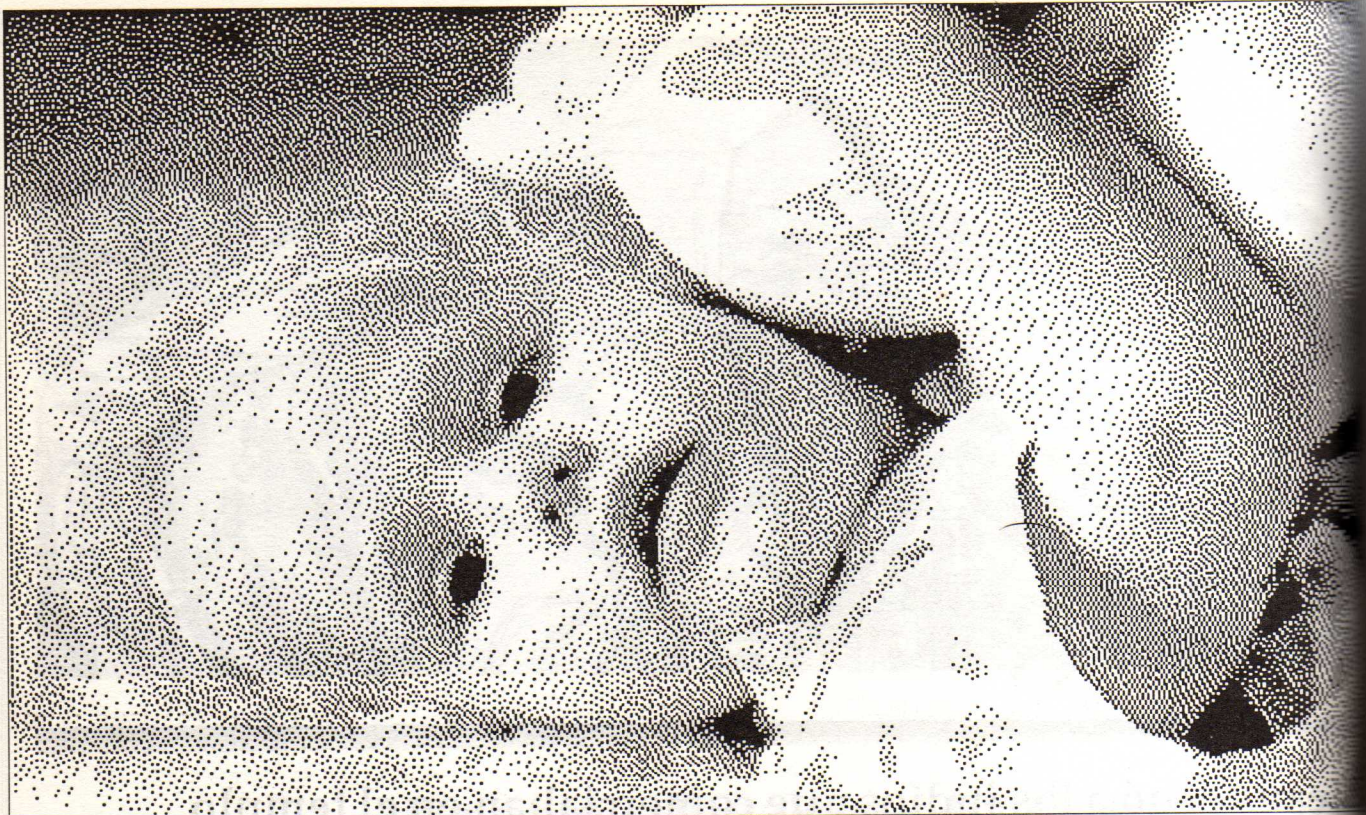
discípulos. Jacobo y Juan son reprendidos por Jesús porque querían mandar que descendiera fuego sobre una aldea de samaritanos. Jesús les dice: "Vosotros no sabéis de qué espíritu sois" (Luc. 9:55). Sin duda es una frase muy dura. ¿Cuántas veces hemos tenido esa actitud? Muchas veces yo no he sabido lo que decía. ¡Cuánto alabo y glorifico a Dios por su disciplina!

El Señor enseña que antes de juzgar a otro hermano, de nuestro grupo o de otro grupo, y querer sacar la paja que tiene en el ojo, debemos sacar la viga que tenemos en el nuestro para poder vernos a nosotros primero. Estoy seguro que si nos vemos primero, nuestro juicio tendrá la gracia de Dios para con nuestro hermano.

Quitemos de nosotros la actitud de juez, porque "con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados; y con la medida con que midáis, se os medirá" (Mat. 7:1-2).

La soberbia

Cuando recibimos más de Dios, es fácil caer en orgullo. Ezequiel 28 nos enseña cómo cayó Lucifer. Era sabio, hermoso y gozaba de toda bendición espiritual hasta que quiso igualarse a Dios y se llenó de iniquidad, de orgullo y de otras cosas. La consecuencia de la actitud de



“Te alabo, Padre, ... porque ocultaste estas cosas a sabios e inteligentes, y las revelaste a los niños” (Mat. 11:25).

Lucifer fue su caída.

No hay persona más digna de compasión que aquel que primero disfruta del vino nuevo de Dios y que luego por su orgullo haya caído y haya perdido la comunión del Espíritu Santo y la bendición de Dios. ¡Cuidado con el orgullo y la soberbia! Están al acecho para introducirse en todos los que viven una vida profunda en Dios.

El antídoto es la humildad. 1 Pedro 5:5 dice: “... revestíos de humildad en vuestro trato mutuo, porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes.” Muchos piden gracia para ministrar, pero no les llega a causa de su orgullo y soberbia.

Desechemos de nuestra vida todo impedimento que frene el fluir del Espíritu Santo. Desechemos toda expresión de orgullo en frases como: “Qué carnal que es” y “En esta iglesia no pasa nada.” Quizás haya razón para decirlo, pero cuidemos la actitud, porque Dios mira el corazón. Lo externo no mueve a Dios, lo interno sí.

El conocimiento

Cuando recibimos más de Dios, podemos llegar a creer que somos los únicos sabios. Esa actitud es consecuencia del orgullo y se manifiesta cuando creemos que nuestra doctrina es la más bíblica y la ideal. ¿Qué dice el Señor? “Te alabo, Padre, ... porque ocultaste estas cosas a sabios e inteligentes, y las revelaste a los niños” (Mat. 11:25).

La consecuencia de creerse sabio es que no hay revelación; por más doctor en teología que sea. Y sin revelación, la predicación es solamente una serie de palabras dichas desde un púlpito. La clave de un ministerio eficaz es ministrar todo lo de Dios con la actitud de Dios.

“Cuando viene la soberbia, viene también la deshonra; pero con los humildes está la sabiduría” (Prov. 11:2). La humildad da sabiduría.

La vanagloria

Cuando recibimos más de Dios, podemos llegar a pensar que somos algo.

Pero, "... si alguno se cree que es algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo" (Gál. 6:3).

Miremos cuál es nuestra condición. 1 Corintios 1:25-29 dice que Dios escogió lo necio, lo débil, lo vil y despreciado, lo que no es, "para que nadie se jacte delante de Dios." Todo viene de arriba, por gracia "para que nadie se gloríe" (Ef. 2:9). El "Yo soy" es patrimonio del Señor. Dios quiere que su pueblo use: "Tú eres, Señor, en mí."

La demanda

Cuando recibimos más de Dios, más se nos pedirá. Si lo que recibí me hace caminar una dimensión de cien, se me pedirá cuenta por los cien que recorrí. Si caminé veinte, por los veinte. Por eso no debemos juzgar, ni dar juicios contra otros, pues puede ocurrir que la luz que tenemos el otro no la tenga, que aún no haya llegado donde estamos viviendo. Dios tiene un trato particular con cada uno de nosotros y él hará todo a su tiempo.

Jesús dijo: "A todo el que se le haya dado mucho, mucho se demandará de él; y al que mucho le han confiado, más le exigirán" (Luc. 12:48). Si realmente nosotros tenemos "más luz" que otros, tendremos que cuidarnos de caer en todo lo que hemos visto anteriormente. Y si no somos fieles hasta la luz que tenemos, no pidamos más pues puede ser fatal para nuestro crecimiento cristiano.

La actitud nuestra

La actitud de Jesús debe ser la actitud de sus discípulos. Todos conocemos en menor o mayor medida cómo anduvo Jesús por esta tierra y lo que nos enseñó. Sólo quiero mencionar tres aspectos que coinciden con este tema:

1. Jesús no fue racista o sectario (vea Mateo 5:45).
2. Jesús fue humilde hasta lo sumo (vea Filipenses 2:5-11).
3. Jesús buscó la gloria de Dios (vea Juan 8:50).

Pasos prácticos

Si has pensado y Dios te ha mostrado alguno de estos errores en tu vida, haz lo siguiente:

1. Reconoce tu falta.
2. Confiesa tu falta específicamente.

3. Cree que la sangre de Cristo te limpió y recibe el perdón.

4. Piensa en aquellos hermanos que considerabas inferiores y di: "(Nombre de tu hermano) es superior a mí."

5. Pídele a Dios que su Espíritu Santo selle lo que has hecho en tu corazón.

6. Aparta tiempo para orar por todos tus hermanos sin diferencias de ninguna especie.

Creo fervientemente que en la medida que cada uno de nosotros vaya limpiando esas actitudes, el poder del Espíritu Santo correrá de una manera nunca antes conocida por nosotros. ¡Que así sea! Δ

CONQUISTA[®]

CRISTIANA CAPACITANDO
PARA LA ACCIÓN!

Vol. 1, No. 5 /marzo/abril 1988

Director: Hugo M. Zelaya
Editor: Noé Martínez
Administrador: Guyon H. Massey

CONQUISTA CRISTIANA
es publicada bimestralmente por el
Centro Para Desarrollo Cristiano,
Teléfono: 36-50-80
Apartado 5551,
1000 San José, Costa Rica.

Nuestros lectores en U.S.A. pueden escribir a:

CONQUISTA CRISTIANA
P.O. Box Z
Mobile, Alabama 36616

© Copyright 1988
Derechos Reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial
sin el permiso de los editores.

Los puntos de vista expresados en CONQUISTA CRISTIANA representan la opinión de sus escritores y no necesariamente de los editores o directores. El material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja. Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente. A menos que se indique de otra manera, las citas corresponden a la revisión de 1960 de la Versión Reina Valera. Impresa en Costa Rica por Litografía Costa Rica, S.A.

ATENCIÓN
suscríbase
envíe \$10
(contribución sugerida)

CONQUISTA
CRISTIANA CAPACITANDO
PARA LA ACCIÓN!

CENTRO PARA DESARROLLO CRISTIANO
Teléfono 36-50-80
Apartado 5551
1000 San José,
Costa Rica

**Escriba
a la dirección
más cercana:**

Orville E. Swindol
Casilla de Correo 2988
Buenos Aires (1000), Argentina

Andrés A. Montoya M.
Apartado Aéreo 8200
Bogotá, Colombia

Cristian Romo
Casilla 657-Fono 23853
Maipú 340-Concepción, Chile

Manuel García Lafuente
c/ Luis de Hoyos Sainz
86-6º A, Madrid 30, España

Gillermo Haring J.
Apartado 790
Morelia, Michoacán
México

José A. Wojnarowicz
Santa Lucía 4224
Montevideo, Uruguay

Hugo M. Zelaya
Director de
Conquista Cristiana
P.O. Box Z
Mobile, Alabama 36616
U.S.A.



porte pagado
permiso No.7